

los fueros del Parlamento en toda su extension y de la libertad religiosa en toda su pureza, y Cromwell representa el principio liberal en religion, el principio republicano en política; pero fundados ambos en la autoridad y en la dictadura, tan alejada de la Iglesia episcopal semi-católica como los niveladores y de los demás exagerados, verdaderos demagogos en religion y en política.

Y lo que sucede en Inglaterra sucede con mayor razon todavía en Suiza. El jefe de su Reforma es al mismo tiempo el jefe de una gran democracia. Los protestantes podrán contar á Zuinglio entre sus apóstoles y sus doctores; los demócratas, los liberales, los republicanos le contaremos entre nuestros grandes tribunos, entre nuestros héroes, entre nuestros mártires. Nacido en las grandes montañas que hablan de Dios y de lo infinito; criado en las entrañas de la naturaleza; alimentada su inteligencia de grandes ideas, como su cuerpo de sanos alimentos; mezclando á la sangre de su corazon los mas puros afectos, como al respirar de sus pulmones el mas puro aire; de vida agreste y campesina en sus primeros años; de temperamento robusto como la ruda y sublime tierra alpestre; durmiendo durante toda su primera educacion á la hora en que volvia el ganado y se borraba el crepúsculo para levantarse, despertado por el gallo, cuando levantaban su vuelo las alondras y renacia la esperanza de una nueva mañana por los bordes últimos del horizonte en las primeras alboradas; cerca del cielo y léjos del mundo como las aves; impregnada su alma de lo divino cual una estrella del éter; en las batallas de la vida conservó el candor de los pastores; en los trabajos é innovaciones de la Reforma, el afecto á la tradicion; en el seno de las ciudades, el aroma del citiso en flor y el cántico del jilguero en celo; entre las cóleras de los hombres y de los partidos, la efusion infinita del aire y de la luz que se dan á todos los séres; y despues de haber conversado con los filósofos y con los santos, bebiendo en la fuente sagrada de Platon y en las lágrimas amargas de Job; cantando los salmos de David y las odas de Píndaro, como si todas las corrientes del espíritu humano fueran á desaguar en su espíritu, reducía las ideas mas abstractas á vulgares prácticas tangibles para repartirlas entre el pueblo, vivía en la predicacion y en las oraciones, y moría, héroe en el combate, hermana de la caridad en los hospitales, tribuno en la plaza pú-

blica, sacerdote en el templo, revelador en todas partes, como mueren los grandes caracteres que varian y tuercen, con el soplo de su pensamiento, con la fuerza de su voluntad, la corriente de los tiempos; moría en la pelea por la verdad, y en el seno purificador de un santo martirio.

Y su reforma nace y crece y se desarrolla en el seno de una democracia, de una República, de una libertad arraigada y antigua, teniendo por lo mismo los caracteres del medio en que nace y marchando resueltamente á modificarlo y mejorarlo. Menos combatido y menos contrariado entre los reformadores, aparece mas sereno. Brota su reforma de la conciencia mas que de la pasion y se dirige á la razon mas que al sentimiento. Sin romper tan abiertamente como sus cooperadores en la obra comun con el Papa y la Iglesia, sostiene tan solo aquello que expresamente en las Escrituras se encierra. Es un orador y en su oratoria mas brilla la luz filosófica que el fuego tribunicio. Es un sacerdote que predica la gracia y que se distingue por la caridad y la grandeza de sus actos, que reza y obra. La lógica de sus argumentos no daña á la síntesis de su sistema, ni la fuerza del raciocinio á la síntesis de sus discursos. Encuentra frente á sí menos resistencia y por lo mismo la combate con menor empuje revolucionario que los demás innovadores. Se ve que su alma individual es parte del alma de una gran democracia; que su educacion íntima ha dimanado de las dos escuelas que püeden ofrecer la naturaleza y la sociedad del campo y de la República.

Su obra es religiosa y política á un mismo tiempo. Predica los méritos de Cristo y eleva el derecho de cada cristiano; arranca de su corazon la antigua fe teocrática con la misma pujanza con que arranca de la tierra las tradiciones feudales; habla de la santa cena como de una comunión religiosa y como de una comunión democrática; siembra con el odio á la tiranía espiritual el odio á las aristocracias reaccionarias y con la revolucion en contra del cosmopolitismo romano el culto á la patria helvética; reforma los entendimientos y reforma las costumbres; pide que los sacerdotes dejen de llevar las almas al sacrificio ante las aras de una autoridad indiscutible y que los suizos dejen de llevar la sangre de sus mas caros hijos al ejército de los despiadados déspotas para que no se convierta la cima de la naturaleza humana en pedestal de la tiranía monárquica; es en verdad su doctrina una religion y una Repú-



blica, el alma inmortal de Suiza regenerada por este arquero de las ideas, por este soldado de la lógica, por este Guillermo Tell del espíritu, que alza sobre la nacion material otra mas alta y mas duradera que los altos eternos Alpes, la nacion ideal de la conciencia.

Y donde quiera que aparece una grande aspiracion social, es al punto impulsada ó seguida por una grande aspiracion religiosa. La alegre Ginebra, que debia fundar la nueva moral del mundo democrático moderno, para no caer en las garras del águila de Saboya, su vecina codiciosa y rapaz, necesitaba de una religion austera, severísima, que renovara la sociedad con sus dogmas, que sometiera á un yugo saludable los caracteres con su disciplina, que tocara de un lado á las altas cimas teológicas y de otro lado á las profundas escabrosidades políticas, y encontró todo esto en el estoico jóven, francés por su origen, aleman por su pensamiento, grande escritor como cuadraba á una ciudad literaria, teólogo de la escuela de S. Pablo y de S. Agustin, jurisconsulto que unia á las mas abstrusas concepciones de la metafísica la nocion mas clara del derecho. Muy diversamente ha sido juzgado el gran hombre; hasta de fatalista le tacha estrecha crítica que se pierde en las minuciosidades y no acierta á ver el conjunto de las grandes obras humanas; pero cuando se recuerda que teólogo y magistrado, dió á la nueva idea disciplina democrática y á la sociedad nuevo carácter civil y republicano: que merced á esto creó partido poderoso en la misma Inglaterra, contra la tendencia autoritaria y la jerarquía aristocrática del protestantismo inglés; que acosado este partido por los sacerdotes y por los reyes; salió de sus combatidos hogares, de su ingrata patria, se derramó por Suiza y por Holanda, con la palabra de nueva fe en los labios y el sentimiento y la idea en el corazon y en la conciencia, dispuesto á ofrecer siempre por su doctrina el holocausto de la vida; que una fraccion muy considerable de este partido se embarcó en la *Flor de Mayo* y se dió al mar á la manera que Moisés al desierto y atravesó la inmensidad con el libro, la Biblia, en las manos y la igualdad cristiana en el pecho; que allá en el Nuevo Mundo, en la tierra sin mancha, fundó el templo de la conciencia perseguida y el gobierno de la democracia despreciada; la libertad y la República que son el timbre de honor de América y la esperanza de Europa; cuando se recuerda toda esta gran epopeya del progreso humano, se olvi-

dan todos los defectos de Calvino, todas las inconsecuencias que pudo cometer contra el principio mismo de la emancipacion religiosa, y se le ve en las altas eminencias de la historia entre los redentores de la humanidad, bañado por la luz inmortal de las humanas y grandiosas ideas.

Por esta larga excursion al través de la historia, venimos en conocimiento de la verdad de nuestra tesis: cada pueblo, cada raza, cada nacion, crea ó acepta el ideal religioso mas en armonía con sus tendencias políticas y sociales. Pues la Reforma es la religion necesaria, la religion nacional de la raza germánica. El carácter interior, íntimo de esta raza es la independencia individual; y el carácter histórico es el odio á Roma. Las oscuras selvas de Germania, cuyo aire estaba cargado de rumores siniestros y cuyo suelo de fuegos fatuos, engendraban aquellos primeros invasores que muertos en los campos pútridos, llegaron á envenenar con los miasmas de sus cadáveres y de sus despojos los cielos de Italia. El primer héroe de la raza es aquel Arminio que sujetó en sus trampas y lazos de cazador las legiones de Varo, destruidas hasta el aniquilamiento en las selvas de Teutoburgo y lloradas hasta la desesperacion en el palacio de Augusto. La lengua latina se dibujaba en los labios del jóven bárbaro; el anillo de caballero romano brillaba en sus dedos; acaso no tenia ni el sentimiento de patria en su pecho, pero afiló su espada en las piedras de las aras de sus dioses, la esgrimió contra Roma; y el mundo germánico, por cuyas discordias fué inmolado á los treinta y cinco años de edad, le cuenta entre sus fundadores y sus héroes. Si otra razon los alemanes no tuvieran para esta apoteosis, tendrian la razon del largo tormento infligido por Roma á la familia de Arminio, el recuerdo de la mujer que él robara para su lecho, cautiva y expatriada, el recuerdo del hijo que él engendrara para continuar el lustre de su nombre, nacido en el destierro y arrojado á la cloaca de Rávena para ser contado entre los gladiadores que divertian con sus combates, sus heridas, su agonía y su muerte, el ocio de los romanos.

Cuatro siglos duró el combate de Germania con Roma, los cuatro siglos primeros de nuestra historia. Tácito no veia mas esperanza para la Ciudad Eterna amenazada, que las discordias de sus crueles enemigos. Pero las vallas del Rhin, del Danubio, se rompieron, las discordias cesaron y la raza germánica sació su odio en las ruinas de Roma. Hasta los muertos se despertaron



en las cenizas del Foro, segun las tradiciones romanas, y subieron, aunque paganos, á luchar desde las nubes, en compañía de los santos cristianos, contra los enemigos de Roma. Pero eran estos los ángeles exterminadores del Apocalipsis, y aventaron con sus lanzas, mas largas que cometas, á los cuatro vientos las cenizas de la ciudad madre de las ciudades latinas. Atila que en nuestras crónicas es el azote de Dios porque ha destruido el Imperio romano y ha espoleado á las razas bárbaras para que lo enterraran, es el poema nacional de Alemania en los Nibelungen, el rey épico á quien gusta mas la sangre romana que el vino, pues el odio á Roma es el sentimiento nacional de Alemania.

Pero ¡oh prestigiosa ciudad! Rota, vencida, muerta, sin sus legiones en la tierra, sin sus dioses en el cielo, pulverizados sus muros, derruidos sus templos, todavía se rejuvenece y se trasforma; pone en el vacío trono de los Césares sus Pontífices; sustituye los ejércitos de héroes con ejércitos de penitentes; á las tablas del derecho olvidado reemplaza las oraciones de sus doctores bendecidos y santificados; y por medio de nuevos dogmas asimilados de Grecia, de Alejandría, de Africa, de Asia, pretende primero y establece despues su dominio como jamás lo habia tenido en la antigüedad, el dominio sobre las almas. Los alemanes recibirán el agua del bautismo en su frente; el monasterio en sus ciudades; la cruz en sus encrucijadas y en sus selvas; los obispos en sus provincias; el latin en sus escuelas; y un germano, un descendiente de Genserico y de Alarico, Cárlo-Magno, sostendrá el dogma del predominio de los Pontífices, que significa el predominio de Roma, é irá de rodillas á recibir sobre las ruinas de la gran ciudad en la frente, ungiendo por el óleo católico, la antigua esplendente corona del romano imperio. Contra este dominio espiritual que abraza el arte y la ciencia, la vida y la muerte, no podrá nada todo el mundo germánico, ni la espada de Arminio, ni el recuerdo del sombrío y victorioso Odino, ni el grueso martillo de Thor, ni los sacerdotes reunidos en las cavernas abandonadas por los lobos, y en las laderas de la mágica montaña de Harz, preñadas de dogmas sanguinarios, ni las orgías de las cimas del Broken, donde acuden por las noches de primavera las reinas de las brujas con sus mantos semejantes á las oscuras alas del murciélago; ni los incansables cazadores que van en vertiginosa carrera sonando eternamente

los roncros cuernos de caza; ni los dioses que en el viento gimen y en las nieblas vagan; ni toda la mitología nebulosa que se desvanece á los rayos del nuevo sol espiritual, naciente entre los altares de Roma.

Durante toda la Edad media el Imperio aleman luchó contra Roma, luchó poderosamente, pero sin elevarse al cielo de donde baja la luz y el aire de la vida, al cielo del espíritu. Allí y solo allí, en la region apartada y elevadísima de las ideas cabia el combate y estaba el premio de la victoria. Para derribar la Roma moderna se necesitaba derribar antes sus dogmas. Y para derribar el dogma de la universalidad latina, imposible encontrar otra antítesis tan radical y profunda como el dogma de la individualidad germánica. En la sociedad como en la naturaleza deben concertarse los dos principios de unidad y de variedad en verdadera armonía. Pero andaban á la sazón divididos, cuando son dos términos indispensables á la existencia humana. El principio germánico se removía, se enconaba el Renacimiento contra el principio latino, como en los tiempos de Oton, como en los tiempos de Enrique IV, como en los tiempos de Federico II. Venía, pues, y venía lógica, necesariamente la fundación de la nacionalidad religiosa en Alemania por un estallido de su conciencia. El hombre que surgió en este momento histórico para representar fielmente el estado del espíritu humano fué Lutero. En su humildísima cuna y en su modesta educacion, aprendió á sentir y á padecer como el pueblo. Hijo de un trabajador, de un minero, habia en su naturaleza algo de la fuerza y del vigor de su padre. Estudió desde sus primeros años. Y para ocurrir al sustento y continuar en la escuela, ganaba la vida cantando de puerta en puerta, con voz entera y recibiendo de unos y otros modesta y caritativa limosna. Siendo jóven iba con un su amigo por cierto camino, le sorprendió la tempestad y un rayo dejó muerto al camarada á sus plantas. Este súbito caso le conmovió en términos que tomó hábito y abrazó la religion de los agustinos. Allí aprendió el dogma de la gracia que viniendo de San Pablo se extiende y se afirma en San Agustin, se agranda y se exagera en Lutero. Del convento pasó á Roma y pasó con ánimo de adorarla, de rezar, absorto, hundidas las rodillas en las cenizas de los mártires, fija la mirada en el sol de la autoridad religiosa. Cuando divisó á Roma flaquearon sus piernas, se estremeció su corazón, juntáronse sus manos, cayó en arrobamiento, en éxtasis